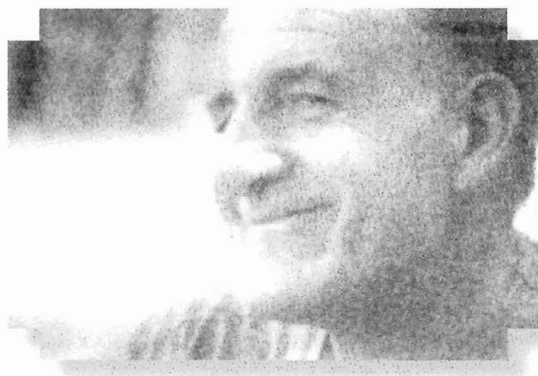


MI PADRE



“Cuando naces la llevas al lado de compañera”. Ésa era la visión de la muerte que tenía mi padre. Se ha ido y con él se han ido muchas cosas pequeñas y grandes que atañen a lo individual y a lo colectivo. Con él muere un trozo de memoria de este pueblo, de sus costumbres perdidas, de sus ocupaciones tradicionales, de los nombres de sus pagos, que, según la temporada, recorrió en mil ocasiones en busca de fósiles o de setas, de sus historias cotidianas dulces y amargas que él, como un juglar, atesoraba en su cabeza y contaba a quien quería escucharle. Vivió como debía, asumiendo con responsabilidad y orgullo

los papeles que la tragicomedia de la vida le tenía reservados. Fue agricultor, leñador emigrante, tratante, carrocero y fundamentalmente un hombre de familia. Evocaba con frecuencia sus años de dedicación al comercio con mulas porque le hacían sentirse un poco hombre de mundo y un poco caballero andante recorriendo los pueblos de Castilla, comiendo en sus posadas y durmiendo en sus pajares. Sus relatos contenían personajes propios de las novelas de Galdós o Delibes y paisajes y escenarios de la España profunda de la postguerra. Llevaba el trato en la sangre. En sus últimos años, hasta que la enfermedad agazapada en su interior empezó a desperezarse, recorría asiduamente los rastros y rastrillos de Zaragoza, negociando en los puestos el precio de un capricho y trayendo a casa tesoros de mercadillo.

Murió como había vivido, mirándole a los ojos a la muerte que, como compañera, no fue del todo cruel con él, aunque le robó la fuerza y lo torturó con una sed insaciable. Mi padre soñaba con morder una bola de nieve blanca recién caída y recordaba con deleite el agua de cristal de las fuentes de las que bebía cuando volvía de trabajar en el campo. A nosotros, en cambio, nos hizo algunas concesiones: nos regaló un cumpleaños más de cada uno, unas navidades y otras alegrías domésticas, que después de recibir el mazazo de su diagnóstico nunca creí que viviéramos juntos. Murió con una profunda fe en Dios, cuerdo, sereno y sobre todo sabio. Conociendo las claves de la vida y de la muerte, sabiendo que es lo que en realidad tiene valor y lo prescindible, aferrado al trabajo, la honradez, la dignidad de la persona y el afecto a la familia como principios insobornables y con la capacidad de ilusionarse como nueva. Era orgulloso y de naturaleza tímida y solitaria y nunca se sentía merecedor de las muestras de afecto y atención que recibía de su entorno. Siempre necesitaba compensar con creces a quien se las profesaba, por ello creo que es oportuno que haga público en su nombre su agradecimiento a sus médicos: a Pilar que le protegió en el Miguel Servet de la agresividad que la medicina puede llegar a alcanzar, a Goyo que fue nuestro oráculo en la toma de las decisiones más difíciles, a Juancho que comenzó siendo nuestro médico y terminó siendo uno más de la familia, y a su oncólogo, el doctor Pazo, que con su ciencia nos lo conservó unos meses preciosos; a toda su familia y en especial a tía Lorenza y tío Felipe que le hicieron sentirse muy querido, a tía Consuelo que compartió día a día nuestra preocupación y a través de los DVD de tío Paco le trajo Maranchón a casa, a tía Visi que con sus llamadas telefónicas casi diarias le daba fe y fuerza para seguir luchando, a mis primas Montse y Begoña que no dejaron en ningún momento de interesarse por él y a mí me sirvieron de gran apoyo. A Alberto, mi marido, que se ocupó de que yo pudiera tener el espacio necesario para estar con mi padre. Y sobre todo a mi tía Augusta, que, de forma desinteresada, estuvo desde el principio en la línea de fuego, y a mi madre, que peleó como una leona por su bienestar y el de todos hasta su última hora y hasta el límite de sus fuerzas. Mi padre la admiraba y en estos últimos años la veía como la columna que sostenía su vida. Quiero también hacer constar mi agradecimiento a Alfredo Boné, Consejero de Medio Ambiente de Aragón, que con sus visitas hizo que mi padre se sintiera importante y de cuya relación presumía siempre que podía, a todos mis compañeros de los que permanentemente he recibido muestras de apoyo y afecto y a cuantos habéis acudido a acompañarnos en este duro tránsito. Cuando supe que le perdía irremisiblemente, mi máxima preocupación era que se perdiera su memoria y todo lo que habíamos compartido. Pacté con esa deidad indefinida con la que hablamos los desesperados que no se me lo llevara hasta que su nieto no fuera capaz de recordarlo. Ahora veo que él vive en mí, en mis genes, en mi forma de hablar, en mi sentido del humor, en lo que sé y lo que siento, en mi forma de abordar la vida. Pervivirá para siempre en nuestros corazones y en nuestra memoria, y yo me encargaré que perviva en la memoria de mi hijo. Descanse en paz.

Ana Cristina Fraile García
8 de Septiembre de 2008